

BÉGUELIN-ARGIMÓN, Victoria (ed.), *Viajes hacia Oriente en el mundo hispánico durante el Medioevo y la Modernidad. Retórica, textos, contextos*, Madrid, Visor Libros, Biblioteca Filológica Hispana no. 260, 2022, 366 pp.

En esta miscelánea bajo curaduría y presentación general (pp. 9-19) de la Profesora Victoria Béguelin-Argimón, reconocida estudiosa de los relatos de viaje del mundo hispánico, se ofrece al lector especializado una colección de artículos que aborda un corpus de fuentes rico en matices pero recortado con precisión: los autores analizados son siempre españoles —y enseguida se verá que el contenido de este término resulta, con justicia, amplio—; el destino del viaje es el aún más multiforme Oriente. Desde un planteamiento general de corte filológico pero que no renuncia a asedios más historiográficos, la editora articula una bella colección de trabajos distribuidos en tres secciones que se definen por un criterio cronológico.

Bajo el título “Por las sendas medievales: discurso y retórica” (pp. 21-165), el primer panel del tríptico concentra los estudios de hispanomedievalismo. Inicia con el artículo de Pablo Roza Candás, “De desiertos, mares y fortunas: la visión de espacios inéditos en el relato de ‘Omar Paṭōn’” (pp. 23-47), que adopta como objeto de estudio el *Memorial de ida i venida hasta Maka*, relato de viaje o *rihla* compuesto por este mudéjar de Ávila a fines del siglo XV —vale decir, escasos años antes de la conversión forzosa de 1502— y conservado en dos copias aljamiadas del siglo XVI halladas en tierras de Aragón. El texto, que transmite las experiencias del autor durante su cumplimiento del precepto islámico de la peregrinación a La Meca (*ḥaǧǧ*), no solo procura dar informaciones prácticas para el recorrido, ante todo “constituye un acto en esencia piadoso, con el que contribuye de forma notoria al mantenimiento de la fe e identidad islámicas de su comunidad” (p. 25), en especial para aquellos impedidos de encarar por sí mismos el *ḥaǧǧ*. Roza Candás rastrea en el *Memorial* los rasgos con que son descritos dos espacios físicos inéditos para Paṭōn, el mar (puertos, costas e islas incluidos) y el desierto, y ello no solo en su dimensión física sino también en la espiritual. Así, mientras el mar es el lugar donde el fiel experimenta individualmente su impotencia ante los designios de Dios y se purifica de lo terrenal mediante su sumisión a ellos, la travesía del desierto afianza su sentido de pertenencia a la comunidad de creyentes, de cuyo auxilio se depende para sobrevivir. Y para todo mudéjar de esa Edad Media tardía, de creciente intolerancia religiosa, esa práctica colectiva de la fe sería una experiencia aún más inédita que la habida ante paisajes nunca vistos. Así, el *Memorial* “se reviste de un claro valor litúrgico para sus correligionarios castellanos y aragoneses” (p. 45).

Leemos a continuación la contribución más amplia del volumen (pp. 49-91), “La fiesta de los ahorcados: paisajes de degradación, injusticia y crueldad en la corte de Samarcanda (*Embajada a Tamorlán*)”, donde Rafael Beltrán, también adoptando una perspectiva crítica, revisita uno de los textos más relevantes del corpus viático hispanomedieval, el atribuido a Ruy González de Clavijo y tocante a la fallida iniciativa diplomática emprendida al interior del imperio mongol por un cuerpo de embajadores de Enrique III de Castilla entre 1403 y 1406. El Profesor Beltrán concentra su atención en el relato de la estada de los legados en Samarcanda, sede de la corte de Temur Bek (Tamorlán o “Tamurbeque”, para el texto), del 8 de septiembre al 18 de noviembre de 1404. La falta de toda respuesta concreta por parte de un emperador ya viejo y decadente genera en los embajadores una frustración que el narrador colectivo nunca se permite expresar en forma abierta pero que sí se connota en la descripción pormenorizada de

las borracheras a las que se entregan el propio Tamorlán, sus mujeres y sus cortesanos en una serie interminable de noches de fiesta. El relato alcanza el clímax el día 10 de octubre con lo que Beltrán denomina “fiesta de los ahorcados”, ocasión en la que el emperador, habiendo convocado una feria fuera de la ciudad, y a la vista de todo el pueblo reunido, se regala la “grande alegría” de colgar injustamente a algunos de sus colaboradores más leales y decapitar a pequeños comerciantes. Todos estos episodios resultan cruciales para el propósito último del texto: el fracaso de la empresa diplomática no debe atribuirse a una supuesta impericia de los embajadores sino a la degradación y la crueldad de su tiránico anfitrión.

En cambio, el estudio de Julia Roumier, “Los efectos discursivos de la verdad: transmisión de la imagen del mundo en la escritura de los relatos de viajes medievales” (pp. 93-121), posee un interés más teórico o poético: mediante la articulación de un ambicioso corpus de cinco relatos de viaje castellanos, dos reales —la misma *Embajada a Tamorlán* y las *Andanzas e viajes* de Pero Tafur— y tres ficticios —el *Libro del conocimiento*, el *Libro del Infante don Pedro de Portugal* y el *Libro de las maravillas* de Mandevilla—, y tomando en cuenta traducciones castellanas de textos italianos (Odorico de Pordenone, Marco Polo y Niccolò dei Conti), la autora rastrea los recursos retóricos que resultan más propicios para hacer presente en el texto viático a su destinatario y transmitirle de manera vívida pero verosímil las maravillas de Oriente. La paleta de recursos es amplia; destacamos, de entre todos, la figura retórica de la hipérbole, los tópicos de lo indecible y la falsa modestia, el anticiparse a la probable incredulidad del lector, retacearle información a fin de sorprenderlo más tarde o, incluso, entablar con él diálogos ficticios, además del recurso al relato enmarcado y la puesta en abismo.

En su trabajo personal (“Retórica de la alteridad y comunicación: voces forasteras, lenguas extranjeras y trujamanes en la *Embajada a Tamorlán* y las *Andanzas y Viajes*”, pp. 123-165) Béguelin-Argimón retiene, como es obvio, el corazón del corpus abordado por Roumier, pero también su interés por las constantes y las variables del género a fin de explorar una faceta poco problematizada, las referencias a las lenguas extranjeras escuchadas, leídas y en parte aprendidas por los viajeros; es que ellas han constituir un “elemento fundamental de la retórica de la alteridad” (p. 126), esencial a los relatos de viaje. Con una progresión semántica también esencialmente tripartita en la que empero la primera sección es la más amplia, la autora comienza por articular la nómina completa de los nombres comunes extranjeros de cada obra —treinta y cinco en *Embajada*, catorce en *Andanzas*—, indicando las lenguas de procedencia y los campos semánticos más usuales —política, religión y economía en *Embajada*, dado el propósito diplomático del viaje; voces cotidianas en el itinerario privado de Tafur—, para abocarse luego a los procedimientos de citación de topónimos y antropónimos —transcripción aproximada, traducción y/o glosa de su etimología, usualmente poco fiable— y reflexionar sobre las funciones que los extranjerismos desempeñan en el discurso viático y sobre los procedimientos de superficie con que son insertados en él. Las dos partes que siguen, más acotadas, exploran respectivamente las alusiones de los textos a las distintas fronteras lingüísticas traspasadas por los viajeros —siendo el ámbito bizantino el primer lugar de la otredad—, con su consecuente necesidad de trujamanes (‘intérpretes’), y los distintos ámbitos y contextos de uso de tales lenguas extranjeras.

La segunda parte del libro es “Figuras y visiones del viaje: continuidades y rupturas” (pp. 167-230) y se compone de dos artículos que actúan como gozne entre el ámbito medievalista de la sección inicial y el ya estrictamente moderno que conformará la tercera y última. En “Andanzas y espejismos del Preste Juan: de la leyenda medieval al motivo retórico de los Siglos de Oro” (pp. 169-205) Víctor de Lama de la Cruz problematiza esas continuidades y rupturas entre Edad Media y Modernidad explorando la reelaboración literaria de la figura del Preste Juan de las Indias en un repertorio de textos áureos. Antes de ello, el autor repasa los rasgos básicos atribuidos a este personaje legendario en las fuentes medievales —ubicación oriental de su reino, normalmente Etiopía; condición cristiana y sacerdotal de su realeza; vínculo con el apóstol Tomás y con los Reyes Magos; riqueza y poder inconmensurables— y, más importante, postula que aunque entre las gentes informadas la creencia en su historicidad sucumbió ante la embajada efectuada a Etiopía en 1527 por Francisco Álvarez, capellán del rey Manuel I de Portugal, y los detalles que él dio a conocer en su *Verdadeira informação das terras do Preste João das Índias* (Lisboa, 1540), “las fuentes antiguas siguieron muchos años gozando de credibilidad” (p. 173). Viene a continuación el catálogo de alusiones al personaje en obras de géneros variados (crónicas; prosa de ficción; prosa didáctica; poesía; teatro). Y en efecto, dentro del corpus analizado —que solo representa una parte del centenar de obras identificadas por el autor— las noticias fabulosas de la tradición medieval aún son replicadas y hasta ampliadas por cronistas como el dominico Luis de Urreta en su *Historia eclesiástica, política, natural y moral de los grandes y remotos reynos de la Etiopía, monarchía del emperador llamado Preste Juan de las Indias* (1610), pero en general prima un espíritu entre racionalista y burlón como el del *Viaje de Turquía de Pedro de Urdemalas* —donde se razona que “Preste Juan” ha de ser confusión por “Preto Juan” visto que reina en Etiopía—, el prólogo del *Quijote* de 1605 —que hace del personaje un poeta, en maliciosa alusión a Lope de Vega—, la mención del quevediano “Poema al pedo” de que “el proprio Preste Juan le tiene miedo” e incluso una apócrifa canonización suya en boca de Velardo, criado de la comedia *¡Si no vieran las mujeres!* del propio Lope, por citar solo algunos textos relevantes.

Por su parte, el corpus abordado por Sofía M. Carrizo Rueda en “Retórica, imágenes y hermenéutica para una poética del discurso sobre el viaje en el siglo XVI” (pp. 207-230) también parte de la Edad Media y se interna en los Siglos de Oro, aunque abocándose exclusivamente a la obra de fray Luis de León. La autora comienza por recordar que entre los teólogos y hombres de letras de época medieval era recurrente una predisposición negativa hacia el acto de viajar, asociado con frecuencia a la avaricia y el deseo de riquezas, y que incluso las peregrinaciones fueron vistas por algunos como una pasión desordenada (*religiosa cupiditas*). En este sentido, las odas del agustino recogen famosamente la misma censura a la insensatez de la codicia que suele impulsar a los hombres a embarcarse (“Ténganse su tesoro / los que de un falso leño se confían...”), pero ya en los textos de exégesis escrituraria —por ejemplo, en el “Comentario latino al *Cantar de los Cantares*”— sí se reivindicará el viaje como medio imprescindible para emprender la evangelización de América, con tal de que las labores misioneras se efectúen sin incurrir en el exceso de celo religioso que muchas veces se tradujo en coacción o violencia sobre los aborígenes.

Precisamente en torno del afán misionero es que se construye el último panel del tríptico, “Hacia el sudeste asiático: textos y contextos” (pp. 231-364), cuyos cinco autores entretejen un

ramillete de análisis de las experiencias evangelizadoras que desarrollaron en China y zonas aledañas algunos religiosos peninsulares de los siglos XVI y XVII, en particular durante la época de la unión ibérica (1580-1640). En uno de dos trabajos eminentemente historiográficos del volumen —pero que tiene siempre presentes los relatos de viaje escritos por los propios misioneros—, Dolors Folch deja planteado desde el título el interrogante que impulsa su investigación, “Descalzos en China: qué desbarataba las expediciones franciscanas a China en el siglo XVI” (pp. 233-257). La respuesta es razonada: una suma de circunstancias. En primer lugar estaría la hostilidad de las autoridades chinas, usualmente la causa principal para los historiadores; pero también debe repararse en los roces habidos con los portugueses y la misma Santa Sede, el accionar poco favorable de las autoridades de Manila (civiles pero también eclesiásticas) y el recelo e incluso hostilidad de los jesuitas. Con todo, el factor decisivo sería el propio carisma franciscano, y en especial el particularmente rigorista de la rama de los hermanos menores descalzos o alcantarinos, cuya extrema pobreza y ansias de martirio resultaron más bien contraproducentes para establecer un vínculo con la población local.

También el artículo de Miguel Betti (“El *Itinerario* de Martín Ignacio de Loyola. Retórica de lo maravilloso y mundialización ibérica”, pp. 259-283) se interesa por las misiones franciscanas en China, pero enfocándose en un relato de viajes concreto, el *Itinerario* compuesto por Martín de Mallea, sobrino-nieto del fundador de la Compañía de Jesús, luego fraile descalzo bajo el nombre de Martín Ignacio de Loyola y finalmente cuarto obispo de Asunción y el Río de la Plata. Por desgracia, su *Itinerario* solo nos es conocido bajo la forma reescrita y publicada por Juan González de Mendoza como parte de su *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de la China* (Roma, 1585); la existencia de estos dos estratos textuales no será soslayada en el análisis. Así, trazando primero un panorama del contexto histórico de fines del quinientos, de la vida de fray Martín —quien circunnavegó dos veces el globo— e incluso de la historia de las misiones franciscanas en China —gracias a lo cual el artículo dialoga con el inmediatamente anterior—, Betti estudia las formas y significados de los *mirabilia* descritos en tres escalas del *Itinerario* (islas Canarias, América, Lejano Oriente) y concluye que los más importantes de ellos (una imagen antiquísima y milagrosa de la Virgen descubierta en el archipiélago; la antropofagia de ciertas tribus caribeñas; las hechicerías y ritos idolátricos practicados en el Imperio Celeste) sirven a propósitos puntuales pero globalmente coherentes de fray Martín y González de Mendoza: legitimar la ya completada españolización de las Canarias; excusar los excesos cometidos en el Nuevo Mundo; exhortar al rey y al Papa para que emprendan la futura evangelización de China —la cual solo conciben, al igual que fray Luis, como una empresa pacífica—.

Con un planteo biográfico que casa naturalmente con la perspectiva historiográfica de Folch, Anna Busquets (“Los viajes de un franciscano por China: fray Antonio de Santa María Caballero”, pp. 285-316) prolonga en el eje cronológico el mismo campo de estudio ofreciéndonos una comprensiva reseña de la vida de quien por fin pudo establecer la primera misión franciscana en China, el citado fray Antonio de Santa María Caballero (1602-1669), fundador en 1651 de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles de Jinan, provincia de Shandong. Sobre el fondo de una acción misionera llena de viajes y sobresaltos, el artículo apunta la destacada participación del religioso en la “querrela de los ritos” a propósito de si las prácticas rituales chinas debían juzgarse o no como idolátricas y, en consecuencia, podían ser toleradas

entre los conversos o debían ser erradicadas; frente a la actitud conciliadora de los jesuitas, fray Antonio defendió en discusiones públicas y obras escritas una condena inequívoca que sería luego ratificada por el Papa Urbano VIII (1645). Y la obra apostólica del misionero también llegó a concretarse en la impresión, a inicios de 1664, de dos obras en chino: *Compendio acerca del principio y fin de todas las cosas* y *Comparación entre el cristianismo y el confucianismo*.

El objeto del siguiente y anteúltimo trabajo, “Las deambulaciones asiáticas de Pedro Ordóñez de Ceballos en *Viaje del mundo* (1614): Champa, ¿una etapa inesperada?” de Charlotte Ortiz (pp. 317-343), vuelve a encabalgarse con uno anterior, el de Betti, y ello no solo por enfocar la época de la unión ibérica, sino más específicamente por elegir a un autor como Ordóñez de Ceballos, viajero y sacerdote del clero secular que también dio la vuelta al mundo, que conocía el *Itinerario* de Martín Ignacio de Loyola y que coincidía con él en que la evangelización de China debía emprenderse desde Cochinchina. Con este artículo, asimismo, el volumen regresa a un cauce filológico que ya no abandonará. A la autora interesa analizar, “dejando de lado la cuestión de la veracidad del relato, [...] en qué medida las obras de Ceballos hacen de Champa el lugar propicio para la elaboración de su imagen de misionero triunfante” (p. 319). Se trata entonces de interesarse por el polo opuesto al de Roumier, la construcción de un *ethos* autoral. Ortiz defiende que en los capítulos relativos a su estancia en estas regiones del sudeste asiático (1590-1591) el viajero se atribuye la conversión de la reina de Cochinchina, quien deja el poder a su hermano para abrazar la vida religiosa con el nombre de María, pero es expulsado a causa de la enemistad de algunas autoridades. Se dirige a Champa, reino tributario del anterior. La narración acoge entonces algunos episodios moralizadores con antecedentes en las crónicas de Indias —el central, la destrucción de ídolos locales— y, sobre todo, más de veinticuatro cartas supuestamente intercambiadas por Ceballos con personalidades respetadas de Cochinchina, las cuales “demuestran que, a pesar de su ausencia, los asuntos de Cochinchina siguen dependiendo de su opinión y de su aprobación” (p. 329). No es relevante determinar si tales cartas son reales o apócrifas, pero sí que al nivel textual ellas sirven al mismo objetivo que aquellos otros recursos más claramente estereotipados del *Viaje*: presentar a su autor como el predicador que necesitan esas regiones exóticas pero valiosas del mundo, y muy receptivas a la evangelización.

El tercer panel de la miscelánea se clausura con “La retórica del elogio en el *Discurso de la navegación* de Bernardino de Escalante: la descripción de la artesanía china” de Cloé Bensaï (pp. 345-364), trabajo que se interesa por un texto ya abiertamente laudatorio hacia Oriente, el *Discurso de la navegación que los portugueses hazen a los reinos y provincias del Oriente, y de la noticia que se tiene de las grandezas del Reino de la China* (1577) del clérigo Bernardino de Escalante. Estamos ahora ante un viaje solo intelectual pues el autor nunca visitó China, sino que escribió desde fuentes portuguesas —lo que se sugiere desde el título—. Su crónica sería eclipsada por la ya citada *Historia de las cosas más notables...* (1585) de González de Mendoza, otro viajero solo libresco que escribiría desde las páginas del *Itinerario* de Martín Ignacio de Loyola, este *Discurso* de Escalante y otros textos. Pues bien, interesa a Bensaï determinar con qué medios Escalante construye su *laudatio* de la cultura china, para lo cual se centra en las descripciones de las artesanías —ante todo porcelanas, típicas del Lejano Oriente y novedosas para la Europa del XVI, pero también textiles, calzado, ebanistería, orfebrería, pinturas, etc.—. Tras dejar sentadas unas definiciones básicas, se elabora un catálogo de los recursos lingüísticos

y retóricos de que se vale el *Discurso* para producir en el lector una impresión de sobreabundancia —polisíndeton, adjetivos y pronombres indefinidos, figuras como la *evidentia*, la comparación o la hipérbole, etc.—. Pero el elogio desborda el objeto y se traslada a los procesos de fabricación, las aptitudes de los artesanos e incluso la posición jerárquica y las costumbres de los usuarios de las piezas fabricadas. Y al incluir estos elogios en su texto Escalante procura refrendar sus opiniones con una polifonía de voces ajenas, aunque siempre narrativizadas o en estilo indirecto.

Nos hallamos, en síntesis, ante un volumen sugestivo que da testimonio de la feracidad propia de las “escrituras del viaje”, campo de las letras durante demasiado tiempo inexplorado pero que hoy cuenta con una solvente cartografía literaria. Es deber de gratitud expresar una enhorabuena entusiasta a la Profesora Béguelin-Argimón por haber patrocinado estas incursiones. Y también a abrir caminos por fuera de la huella ha aspirado el presente volumen de *Letras* que arriba en este punto a destino y que ha sido guiado, con pulso de baqueano experto, por una pionera de la disciplina, nuestra admirada Profesora Sofía M. Carrizo Rueda. Vayan también a ella nuestra felicitación y nuestro agradecimiento.

ALEJANDRO CASAIS
Director de Letras,
Universidad Católica Argentina /
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
alejandro_casais@uca.edu.ar

CC-BY-NC-SA 4.0 Internacional.